

PQ7250

P3

A7

V.L



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Manuel Carpio.

(APUNTES BIOGRAFICOS.)

MANUEL CARPIO fué uno de nuestros esclarecidos talentos literarios, cuyo nombre ha sido en todo tiempo respetado aun por aquellos que en contraposición con sus ideas, le tuvieron de adversario tanto en el estadio de la prensa como en la vida real.

Nació en la villa de Cosamaloapan de la entónces provincia de Veracruz, el día 1º de Marzo de 1791, siendo sus padres el Sr. D. José Antonio Carpio, nativo de Monte Mayor en el reino de Córdoba, y Dª Josefa Hernandez, perteneciente á una de las principales familias de Veracruz. Obligado el Sr. su padre, por el comercio de algodón á que se dedicaba, á abandonar la villa de Cosamaloapan, se dirigió á Puebla donde se estableció con su familia, muriendo en dicha ciudad por el año

003483

de 1796. Quedó, pues, nuestro poeta, desde su más tierna edad sin otro abrigo más que el amor maternal y sin más esperanza que la que le prestaban sus propios esfuerzos para hacer frente al porvenir, y adunando al estudio sus naturales dones, conquistasen como lo hizo, un puesto digno en la ciencia y en la historia de las letras.

Asistió á las cátedras en el Seminario Conciliar de Puebla, estudiando latinidad, filosofía y teología, donde fué generalmente apreciado por todos sus maestros y en particular por D. José Jimenez que lo fué suyo en la ciencia de Dios; este Señor le facilitó su biblioteca donde Carpio obtuvo grandes conocimientos en religión, historia antigua y sobre todo en los clásicos griegos y latinos, cuyo estudio fué para él siempre del mayor interés. Pensando en su porvenir y acabando su curso de teología, quiso seguir la carrera eclesiástica, pero su excesiva modestia le hizo no encontrar en él las altas cualidades y santidad que exige el sacerdocio y resolvió tomar otro camino, concurriendo al objeto á la cátedra de derecho en el mismo Seminario; convencido después de que su vocación no le llamaba al foro, se dedicó finalmente á estudiar la medicina, pero no habiendo por aquel entonces cátedras

de esta facultad sino en las Universidades de México y Guadalajara, siguió el curso de cirugía en el hospital de San Pedro, en Puebla. Varios de sus condiscípulos establecieron en unión de Carpio una academia privada de la cual le hicieron presidente; ayudados con sus solos esfuerzos, se dedicaron al estudio de la medicina, y después de ofrecer el fruto de sus trabajos en un acto de fisiología al Sr. Obispo de la Diócesis, D. Antonio Joaquín Perez, el Proto-Medicato, por informes que recibió de su delegado, expidió á estos jóvenes sustentantes el título de cirujanos latinos. Queriendo, sin embargo, el Sr. Obispo que Carpio siguiera regularmente la carrera académica de medicina, le asignó una pensión y le envió á México para que asistiera á los cursos de la Universidad; así sucedió en efecto, donde obtuvo el grado de Bachiller y hasta 1832, después de suprimido el Proto-Medicato el año anterior, reemplazado por una junta de facultativos que se llamó *Facultad Médica del Distrito*, fué cuando sustentó ante ella los exámenes requeridos y recibió su título de profesor en medicina.

En el ejercicio de su profesión se dió Carpio á respetar por sus profundos conocimientos y por la paciencia, bondad y desinterés que

usaba siempre para con sus enfermos, causas que le conquistaron la justa reputación de sabio. Por el año de 1836, varios facultativos de la ciudad formaron una academia con el objeto de celebrar algunas conferencias donde pudieran comunicarse sus noticias y observaciones, fundando además un periódico dedicado exclusivamente á la ciencia médica que llevó por título "Periódico de la Academia de Medicina de México," donde Carpio publicó bastantes artículos, cuya sensatez, conocimientos científicos y elegante estilo le captaron el aprecio y respeto generales, obteniendo después, en el año de 1854, el grado de Doctor que espontáneamente le concedió la Universidad, incorporándole al gremio conforme á los estatutos y sin retribución de ninguna clase.

Para estudiar concienzudamente y en todas sus fases, la eminente figura que nos ocupa, necesario sería escribir un extenso volumen y tememos cansar la atención de nuestros lectores, por lo tanto, y á grandes rasgos ya que hemos visto á Carpio como hombre científico, veamosle ahora como poeta.

Hemos dicho que con toda atención se dedicó al estudio de los clásicos griegos y latinos, y en esa fuente riquísima é inagotable

de la verdadera poesía, fué donde Carpio bebió, fecundando su ardiente imaginación é inspirándose además en los libros de las Santas Escrituras, sintió brotar en su corazón los cantos sálmicos del poeta. Sin embargo no se lanzó desde luego á escribir lo que su estro le dictaba, sino que esperó á formarse, á que madurara su talento y se hubiera enriquecido con su gran caudal de conocimientos, para empezar á producir; así fué que tenía más de cuarenta años y entraba en la edad en que otros se despiden de la poesía, cuando vió el público su primera composición original que fué una oda á la Virgen de Guadalupe, impresa repartida el año de 1832 en la función anual y que hacía el comercio de esta ciudad. Los años siguientes D. Mariano Galván encargó siempre á Carpio las composiciones religiosas y aún epigramas que insertaba en sus viejos calendarios. Así fueron saliendo al público sus composiciones y popularizándose en México, hasta que en 1849, su amigo D. José Joaquín Pesado las reunió en un tomo que dió á luz con un prólogo de su correcta pluma, libro que fué saludado con entusiastas aplausos, teniendo la fortuna de que gustaran de él los que reflexionan sobre lo que leen y los que solo leen por esparcimiento.

Por aquella época, los resabios de la escuela prosáica que dominó en España así como las continuas agitaciones desde 1810, y la invasión de los estudios políticos y económicos que absorbieron la atención general, bastan para explicar que se ahogara la delicada planta de la literatura y que la poesía hubiese llegado entre nosotros al miserable punto en que se hallaba cuando Carpio empezó á darse á conocer. Necesitábase abrir nuevos caminos, tocar asuntos nobles, unir el entusiasmo y la entonación á la corrección y el gusto, enriquecer la rima, hacer, en fin, muestra de la magnificencia del habla castellana. Afortunadamente vinieron á tiempo dos hombres capaces de ejecutarlo: Pesado y Carpio, á cuyo ejemplo deben las letras el renacimiento de la poesía en México. La primera muestra del talento de un autor está en la elección de sus asuntos y los de Carpio son inmejorables: cuando no los toma de la esfera religiosa, ocurre á los sucesos clásicos de la historia, y á los grandes caracteres que en ella se presentan. Si se examina luego el modo con que los desempeña, en la construcción material de los versos, nada hay que reprender, porque tienen siempre número y plenitud; tal vez en todos ellos no se encuentre uno

solo que no esté bien torneado. El lenguaje es correcto y puro y sabe ataviarse con la riqueza y galas del idioma castellano.

Desde el año de 1836 hasta el de 56 reuníanse una vez cada semana en el colegio de Letran D. Andrés Quintana Roo, D. José María y D. Juan N. Lacunza, D. José Joaquín Pesado, D. Guillermo Prieto, D. Francisco Ortega, D. Alejandro Arango y Escandón, D. Manuel Carpio y algunos otros que más tarde se distinguieron en la literatura patria, y esa Academia se estableció para leer y examinar mutuamente sus composiciones y discutir sobre las reglas del arte. Carpio desplegó los principios severos del gusto clásico, siendo el primero en acatar en sus escritos tan sabias reglas. En los años de 56 y 57 desempeñó con notable celo la secretaría de la Academia de San Carlos, de la que era miembro honorario y coadyuvó con sus conocimientos al mayor éxito, dando lecciones de anatomía á los pintores de ese plantel.

Como hombre político figuró también, habiendo sido electo diputado al Congreso general por el Estado de su nacimiento, y en otras ocasiones miembro de la legislatura del mismo Veracruz; formó parte más tarde (1853) del Consejo de Estado como repre-

sentante del de Nuevo León, y cuando se veía investido de alguno de estos cargos, observaba en todos sus actos una energía y severidad verdaderamente espartánicas.

Casó Carpio años atrás con D^a Guadalupe Berruecos, señora que se hizo notable por sus bellísimas cualidades. En la vida del hogar halló todas las delicias que puede el hombre recto y amante de lo bello y de lo santo encontrar en su peregrinación sobre la tierra, pero esta felicidad era demasiado grande para ser duradera, y en 1856 murió su excelente consorte y con ella sus más caras y hermosas ilusiones; esta pérdida hirió tan profundamente su corazón, abatiendo su espíritu que él mismo conoció su próximo fin. Fué atacado por un mal cerebral que pronto se explicó por una especie de olivion y por algún entorpecimiento de la inteligencia; arrastró de esta suerte una vida harto penosa por espacio de un año, y habiendo repetido el ataque el 11 de Febrero de 1860, espiró á las pocas horas, pasando á la eternidad con la serenidad del justo que se entrega á las dulzuras de un apacible sueño. Sus funerales fueron un duelo público y al cerrarse para siempre la losa de su sepulcro, fué humedecida por las lágrimas de miles de personas

que perdian en él no sólo á uno de los brillantes gónios de la poesía mexicana, sino al amigo sincero, al maestro docto, al eminente patriota y al tierno y cariñoso padre que en su paso por la vida, tantas lágrimas enjugó y remedió tantas miserias.

¡Honor á su memoria!

México, Setiembre 15 de 1885.

FEDERICO CARLOS JENS.

La inmensidad de Dios.

El sol con sus rayos espléndido alumbra
Las grandes llanuras, los bosques más densos,
La tierra, los mares y espacios inmensos,
Y todo la anima su luz y calor.

Así, Dios sublime, tú llenas los mundos
De un lado hasta el otro del gran firmamento,
Y muy más arriba se eleva tu asiento,
A donde no llegan los rayos del sol.

Mi mente recorre en los años que fueron,
Y allá en el diluvio te miro presente:
Inundas las bastas regiones de Oriente,
Y escucho tus aguas bramando pasar.

Y cubren tus olas también el Ocaso,
Sumerges ciudades y pobres cabañas,
Y en toda la tierra destruyes montañas
Del polo del Austro al polo Boreal.

Tú abriste las aguas del piélago hirviente,
Pasó por su fondo tu pueblo querido,
Y á tu orden el golfo, con largo bramido,
Las huestes egipcias voráz se tragó.

El grande Alejandro se hallaba contigo
Al dar las batallas de Tiro y Arbela.
Y el Griego á tu vista el Asia desvela
Y el trono de Persia por tierra cayó.

Tú vuelas encima del mar de Lepanto
Y pones en fuga la escuadra agarena,
Y luego coronas la frente serena
Del hijo de Carlos con lauro inmortal.

Y te hallas en medio del humo y estruendo
Del rudo combate do muere Gravina,
Y á Nelson ilustre tu mano destina
Espléndidas palmas allá en Trafalgar.

Al ver cómo cruza la negra tormenta,
Al ver en la nube surcando la llama,
Cuando oigo el estruendo del viento que brama,
Me digo á mis solas: "Allí vá el Señor."

Pasada la lluvia la yerba se alegra
Y al aire se mueve mojado su tallo,
Y yo con la mente pasmada te hallo
Allá entre las hojas de la húmeda flor.

Si subo á la cumbre del Líbano altivo,
Si subo á los hielos del alto Orizava,
Si miro en su crater la térvida lava,
Pasmados mis ojos te encuentran allí.

Si bajo y recorro los grandes desiertos
En donde rebraman soberbios los ríos,
Si voy á los campos y bosques sombríos
Te encuentro presente delante de mí.

Al ir por los mares oscuros del Norte
Allá te descubro trás densas neblinas,
Y sobre las islas y heladas colinas
Te miro en tu carro volando cruzar.

Al ir por los mares del trópico ardiente
Te miro que pasas en un torbellino;
Si bajo á las rocas del fondo marino,
También en el fondo te encuentro del mar.

Tu mano conduce las aves viajeras
Que pasan los mares á grandes bandadas,
Palomas azules y garzas rosadas
Y blancas cigüeñas y negro zorzal.

Pasando el invierno los pájaros vuelven
A ver sus campiñas y selvas y lagos;
Allí los mantienes, y alegres y vagos
Su arroyo visitan y nido natal.

¡Qué grato es sentarse de noche en la orilla
Del mar solitario que azota en la arena,
Y verte en la luna magnífica y llena
Que sube rodando del piélagos azul!

Espléndido tu angel conduce en la mano
Allí en las alturas el raudó cometa,
Conduce un arcangel á cada planeta
Y al sol esplendente, radiante querub.

Tú llevas volando por ese vacío
A inmensas distancias estrellas hermosas,
Antares rojizo y al Norte las Osas,
Y al Sur el Centauro y el nítido Orión.

Aún muy más arriba lanzaste potente
Millones de soles, y mundos y mundos,
Y allá en los confines de espacios profundos
Formaste más globos, INMENSO CREADOR.

CASTIGO DE FARAON.

Sentado el monarca glorioso de Egipto
En trono de nacar y de oro luciente,
Augusta diadema le ciñe la frente
Y adórnale el pecho radiante joyel.

Y lleva una zona bordada de estrellas.
Su túnica es blanca de seda sonante,
Y el manto soberbio de grana brillante,
En ondas le baja cubriéndole el pié.

El trono rodean soldados adustos,
De barba poblada, de rostro salvaje,
De yelmo terrible, con negro plumaje,
Conturnos vellosos de piel de león.

Su cota de acero bruñida relumbra;
La espada en la cinta, la pica en la mano,
Esperan la ceña del duro tirano,
Y reina el silencio por todo el salón.

Moisés el profeta, varon venerable,
De serio semblante, de undoso cabello,
Terribles los ojos, indómito el cuello,
La túnica parda, de trueno la voz,

Preséntase y pide que al pueblo judío
Se deje el camino seguro y abierto,
Y hacer sacrificios allá en el desierto
En rústicas aras al grande Creador.

“Seis plagas has visto que toda la gente
Sufrió por tu culpa, le dijo el anciano;
Al Dios de mis padres resistes en vano,
El quiere libraros y es fuerza partir.

Humíllate, debil, al fuerte Adonai,
El hizo los montes, los campos y mares,
Y allá en esos cielos él puso á millares
Las altas estrellas que miras lucir.”

El rey, entre tanto, cambiando colores,
Se inunda su pecho de cólera amarga;
Ya coge la espada, ya coge la adarga,
Ya baja del solio, ya vuelve á subir.

Temblaban las guardias al ver el enojo
Que agita al monarca; cual tigre en la reja,
Revuelve los ojos, enarca la ceja,
Y en tono tremendo comienza á decir:

“¿Cómo es que un Hebreo, cómo es que un esclavo
Armado tan solo de mágica vara
Me pida insolente, así cara á cara,
Librar á sus tribus? Así no será.

Primero los mares abriendo su seno
A mí y á mis tropas y carros cubrieran,
Que gentes tan viles de Egipto salieran;
Serán aquí siervos, aquí morirán.”

Oyendo el profeta palabras tan duras,
“Mañana, le dijo, verás tempestades,
Habrá granizadas, habrá mortandades,
Verás maravillas que Egipto no vió.”

Y dando la vuelta salió del palacio,
Y cuando cercano mostrábase el día,
Al cielo terrible la mano tendía
Y negro nublado los aires cubrió.

De Oriente al Ocaso, del Sur al mar Grande,
Errantes las sombras cubrieron el cielo,
Relámpagos rojos cruzaban el suelo,
Los truenos hacían la tierra temblar:

El Nilo bramaba, bramaban los mares,
Bramaban sus costas, silvaban los vientos;
De Tebas y Tamis los ondos cimientos
Del rayo temblaban al rudo estallar.

Rasgadas las nubes, la lluvia ruidosa
Inunda los campos, rebosan las fuentes
Y bajan las aguas en turbios torrentes
Y arrastran las aguas ganado y pastor.

Mezclados andaban granizos y rayos.
La yerba del campo y el arbol hirieron;
El toro robusto y el hombre murieron,
Y el reino cubrióse de luto y horror.

El bárbaro río sus márgenes cubre,
Arranca los cedros de Ménfis altiva,
Y en gran remolino sus palmas derriba,
Y arroja los troncos al férvido mar.

En tanto el ganado del pueblo judío
En campos floridos pastaba contento,
Y allí no sintieron granizo ni viento,
Y solo de lejos oyeron tronar.

Pasada la negra ruidosa borrasca,
Que salgan las tribus el rey no consiente;
Más alza el caudillo la vara potente,
Y hambrientas langostas obliga á venir.

Y luego tinieblas espesas derrama,
Y á Egipto sus luces el cielo le niega,
Tan solo el Hebreo contento se entrega
A juegos campestres y alegre festín.

Las sombras cubrían la tierra otra noche,
El pueblo en su sueño posaba tranquilo,
Y manso corría magnífico el Nilo;
Callaba la tierra, callaba la mar.

Pacíficas duermen las candidas garzas
Allá entre las cañas, orillas del río,
Las bestias feroces en campo sombrío
Y en húmedas cuevas dormidas están.

Los áulicos altos; los nobles magnates
Descansan en lechos de púrpura rica;
Más ¡ay! sobre sedas el rey se abanica,
E inquieto en su cama no puede dormir.

Repasa en la mente las plagas horribles
Que al reino trajeron inmensa amargura,
Le eriza el cabello su suerte futura,
Sudando y combulso se siente morir.

Un angel, en tanto voló como un rayo
De Siene hasta el Delta, temblando de enojo:
Con la ala derecha tocaba el mar Rojo
La izquierda tocaba al Libio arenal.

Volaba cubierto de espesa tiniebla,
Llevaba en la mano su acero sangriento,
Sus negros cabellos vagaban al viento,
Sus ojos brillaban con luz funeral.

Cual suele en los campos un gran torbellino
Quebrar las cañuelas de verdes espigas,
Dejando burladas así las fatigas
Y dulce esperanza de algún labrador;

Así pasó el angel airado matando
A cuantos varones nacieron primero;
Murió desde el hijo del pobre leñero,
Hasta el del monarca de Egipto señor.

Un grito de muerte se oyó á media noche
En todo el imperio, llevaba la gente
Pavor en el alma; sudor en la frente;
De todos los ojos el llanto corrió.

El rey se levanta del lecho de grana,
Los vastos salones recorre aturdido,
Sus lágrimas ruedan, y dá un alarido,
Que en todo el alcázar, en todo se oyó.

Lloraba la reina, sus manos torcía,
Con ayes dolientes á su hijo llamando;
Y suelto el cabello y el velo arrastrando,
Toda ella temblaba de espanto y dolor.

Gritaban las madres por calles y plazas,
Alzando los ojos llorosos al cielo,
O bien de rodillas besaban el suelo,
Haciendo plegarias á Osiris y Amón.

Tremendo castigo de un pueblo orgulloso,
 Idólatra ciego, que á un pueblo su hermano
 Oprime sin tregua con bárbara mano,
 Y apenas le deja del sueño gozar.

Empero esa noche, soñando en un viaje,
 Las tribus dormían en rústicos lechos;
 Terror no agitaba los cándidos pechos
 De aquellos mortales, amor de Jehová.

El angel en tanto, se para en la cumbre
 De la alta pirámide, y dá una mirada
 A todo el Egipto, y envaina la espada,
 Y quédase un rato pensando entre sí.

De nuevo despliega sus rápidas alas,
 Y parte y resuena su espada en el vuelo,
 Divide las nubes y encúbrase al cielo,
 Y dice postrado: Señor, ya cumplí.

Así en ese tiempo y en esas regiones,
 Quebranta Adonai la fuerte cadena
 Del pueblo escogido, y humilla y enfrena
 Al bárbaro Egipto y al gran Faraón.

Libró á los Judíos con brazo robusto,
 Y á tantos prodigios tembló el Filisteo,
 El fuerte Moabita, y el fuerte Idumeo,
 Y el rico Fenicio temblaba en Sidón

Aun hay obeliscos y templos y tumbas
 De Tebas y Ménfis allá entre las ruinas,
 Que vieron al angel en densas neblinas
 Cual águila negra volando cruzar.

Allí Bonaparte, á orillas del Nilo,
 Al dar á los turcos batalla tremenda,
 Es fama que dijo: "Aquí va la senda
 Que ha visto de un angel la sombra pasar."

Paso del mar rojo.

El pueblo de Jacob salido había
De Ramasés con el placer más vivo,
Viéndose lejos de monarca altivo
Y viendo rota su cadena impía.

Los viejos besan á sus hijos tiernos,
Estos abrazan á sus buenos padres,
Las doncellas les dicen á sus madres:
"Por fin ya libres conseguimos vernos."

Rodaba el cielo cóncavo, y rodaba
El magnífico sol para el Poniente,
Quemaba el soplo de huracán vehemente,
Cual si fuera vapor de roja lava.

Estaba el pueblo ya sobre el mar Rojo
Cuando volvió los ojos al desierto,
Y viendo á los Egipcios quedó yerto
Y víctima creyose de su enojo.

Del ejército grande el polvo miran,
Que en remolinos por el aire sube,
Y al ver que viene la anchurosa nube
Tiemblan las tribus y en desorden giran.

Ya se oye la confusa gritería
Del enemigo que veloz se acerca,
¡Ayl! ¡qué los carros ya se ven de cerca,
Y de cerca se vé la infantería!

Ya se oye el galopar de los corceles
Que avanzan con ardor y los bufidos
De las yeguas de Arabia, y los mugidos
Del Dios Apis ceñido de laureles.

¿Quién es aquel de reluciente cota,
De ropaje magnífico de grana,
De armas brillantes, juventud lozana,
Casco bruñido, y blanca la garzota?

Negros caballos con la crin flotante,
Grandes, soberbios, de ademán bizarro
Tiran gloriosos su dorado carro
Y van á toda rienda por delante.

Es el monarca: escolta polvorosa
En ruidoso tropel lo va siguiendo:
De los caballos y armas al estruendo
De vanagloria el bárbaro rebosa.

Congoja amarga, amargo desconcierto
 Para el pueblo que mira allí su tumba!
 Delante de sus piés el mar retumba,
 A la izquierda y derecha está el desierto.

“Caudillo de las tribus! las edades
 “Gemirán al recuerdo de este día.
 “¿Sepulcros en Heliópolis no había? ¡
 “¿Por qué morir en vastas soledades?

“Mejor no fuera á orillas del gran río
 “Alzar palacios, cavar canales,
 “Que perecer en estos arenales
 “Entre las manos del Egipcio impío.”

“Hijos del padre Abraham! valor y esfuerzo,
 Dijo Moisés: “la mano omnipotente
 “Hará desaparecer toda esa gente,
 “Como las hojas que arrebató el cierzo.”

Dijo, y el angel que en su nube envuelto
 Caminaba del pueblo á la vanguardia,
 De un paso colocóse á retaguardia
 Con sable en mano y ademán resuelto.

Moisés la vara sobre el mar levanta
 Y se abre el mar con formidable estruendo;
 El abismo descúbrese tremendo
 Jamás hollado por humana planta.

¿Quién es el fuerte que rompió las ondas
 Y por medio del agua abrió camino?
 ¿Quién la suspende con poder divino
 Dejando enjutas las arenas hondas?

¿Quién, sino aquel Señor que en sus enojos
 Al relámpago llama, y obedece,
 Que enciende el rayo cuando le parece,
 Que apaga el sol al brillo de sus ojos?

¿Quién, sino Aquel que en el inmenso cielo
 Hace rodar sus infinitos mundos,
 A quienes ni los sabios más profundos
 Pueden seguir en su incansable vuelo?

El terrible Moisés baja el primero
 Con firme paso al tenebroso abismo,
 Síguete Araón con íncito heroísmo
 Y el pueblo marcha por aquel sendero.

Las gentes silenciosas entre tanto,
 En las profundidades solitarias,
 Hacen al cielo tímidas plegarias
 Lloroso el rostro y pálido de espanto.

“Volad, el rey gritó, los fugitivos
 Caigan al golpe del terrible acero,
 Y los que escapen del rigor primero,
 Vuelvan á Tanis otra vez cautivos.”

Dijo, y su tropa en orden de batalla
 Entra en el mar que encadenado ruge:
 El armamento en las tinieblas cruge:
 Calla el infante y el ginete calla.

Huye hijo de Jacob, que ya insolente
 El Faraón cual tempestad avanza
 Al fondo del abismo y ya te alcanza
 Entre espantosa multitud de gente.

El angel que escuchó no muy distante
 El ruido de los carros y corceles,
 Volvió la cara y viendo á los infieles,
 Con rostro airado se paró delante.

Al trueno de su voz tiembla la tierra,
 Y en lluvias el nublado se desata,
 Como el agua de inmensa catarata
 Que se despeña de fragosa sierra.

En esta noche lóbrega y tremenda
 Los cárdenos relámpagos relumbran,
 Ruedan los rayos que la mar alumbran
 Y brama el viento en la funesta senda.

¡Ay, que el monarca desmayarse sientel
 Y sus caballos despreciando el freno,
 Arrancan espantados con el trueno,
 Y estrellan la carroza reluciente,

¡Cuánta desolación en los soldados!
 ¡Y qué terror! Legiones con legiones,
 Carros con carros chocan, y bridones
 Con bridones se mezclan asustados.

Firme Moisés, alzó la fuerte mano
 Sobre el pesado mar, y el mar revienta
 Y se desploma como gran tormenta
 Encima de las tropas del tirano.

Las olas en ruidosos remolinos
 Envuelven al caballo y caballero,
 Y al que tira la flecha y al hondero,
 Y al rey con sacerdotes y adivinos.

Echan fuera las aguas entre espumas,
 Las espadas, las picas, los escudos,
 Los fuertes cuerpos de guerreros mudos
 Y sus morriones de flotantes plumas.

También tú, ¡oh rey! cubierto con tu malla
 Tendido estás, helado y sin aliento,
 Expuesto al agua y al calor, y al viento,
 Junto con tus caballos de batalla.

¿En dónde están tus bravos escuadrones
 Y tu hirviente y atroz infantería?
 Duermen el sueño de la muerte umbría
 Al lado de sus lanzas y pendones.

Cuando pasan los Arabes salvajes
 Detrás de sus pacientes dromedarios,
 Aquí hollarán tus huesos solitarios
 Y hollarán tus magníficos plumajes.

El monte de Los Olivos.

Hincadas las rodillas hacia oración diciendo: "Padre mío, si es de tu agrado, aleja de mí este caliz, no obstante, no se haga mi voluntad sino la tuya. En esto se le apareció un ángel del cielo confortándole. Y entrando en agonía, oraba con mayor intención. Y vino un sudor como gotas de sangre que chorreaba hasta el suelo.

SAN LUCAS, XXII, 41, 42, 43, y 44.

Viendo el Hijo de Dios que ya venía
 De su angustiada vida el fin tremendo
 El torrente Cedrón pasa gimiendo,
 Y sube al monte en que llorar solía.

Era la noche, y todo estaba en calma
 El viento, el mar, la tierra delincuente,
 Sólo Jesús allá en el Huerto siente
 Inmensa agitación dentro del alma.

La luna melancólica y sublime
 Está alumbrando con su rayo muerto
 A tres hombres dormidos en el Huerto,
 Y al Dios del mundo que en silencio gime.

Hincadas las rodillas vacilantes,
 Alza las manos lánguidas al cielo,
 Alza los ojos que marchita el duelo,
 Ojos un tiempo hermosos y brillantes.

A veces inclinada la cabeza,
 El suelo toca con la blanca frente,
 Y húmedo deja con sudor caliente
 Aquel lugar de llanto y de tristeza.

Tal vez en tanto Salomé la bella
 Bailaba alegre como en otros días,
 Y Jesús en sus tristes agonías
 Lloraba por Herodes y por ella.

Al alma presentósele muy clara
 La historia de los hombres sus hermanos
 Y al pensar en Salem, con ambas manos
 Cubrió el sonrojo de su hermosa cara.

¡Oh Padre! si es posible entonces dijo,
 Ese caliz aparta de mi boca,
 Ten compasión del Hijo que te invoca,
 Ten compasión de tu inocente Hijo.

Pero haz tus voluntades sin reserva,
 Hazlas, Señor, en mí como es debido:
 Dijo, y del pecho le salió un gemido
 Y postrado cayó sobre la yerba.

¡Cuán otro estabas en mejores días
 Cuando eras tierno y balbuciente niño,
 Y de una Madre llena de cariño
 Los abrazos y besos recibías!

Este es el Dios cuyo terrible trueno
 Hace temblar los montes y ciudades,
 ¡Ay cómo gime en tristes soledades!
 ¡Ay cómo tiembla de terrores lleno!

Y no es porque le falte fortaleza
 Para desencajar la tierra y cielo,
 Sino que Él mismo se humilló hasta el suelo
 Deponiendo su honor y su grandeza.

Viendo Dios á Jesús agonizante,
 Le dolió el corazón en lo más vivo;
 Estaba el Hijo bajo el triste olivo,
 Pálido, desmayado y palpitante.

Entonces haber hecho á los humanos
 Al Padre le pesó la vez segunda:
 Allá en tiempos atrás la tierra inunda,
 Más hoy no mueve sus potentes manos.

“Angel de luz, al Olivar descende,”
 Dijo en el cielo el Hacedor del mundo,
 “Infunde aliento al Hijo moribundo;”
 Y el angel volador el aire hiende.

Sostiene á Dios en el quebrado suelo
 Con los brazos, y ánimale á la muerte;
 Y al ver así descoyuntado al Fuerte,
 Cúbrese el rostro con su negro velo.

La paz en tanto ocupa estos retiros,
 Las hojas de la palma están serenas,
 So oyen las olas del torrente apenas
 Y del Hijo del Hombre los suspiros.

Llegada al colmo la mortal congoja,
 Clama á su Padre con mayor vehemencia,
 Y cae segunda vez en su presencia
 Cubierto en sangre que la tierra moja.

En tan mortal y pálido desmayo
 No quiere usar de su poder divino;
 Tiene á su izquierda quieto el torbellino,
 Y á su derecha encadenado el rayo.

Mas viendo el Salvador que se adelanta
 Para prenderle silenciosa tropa,
 Por fin apura la tremenda copa,
 Y del suelo sudando se levanta.

Júdas en tanto llegase al Ungido,
 Y á venderle besándole se atreve,
 ¡Ay del Apóstol infeliz y aleve!
 ¡Mejor le fuera nunca haber nacido!